

El oficio de profesor y de profesora, tan necesario para una sociedad, está bien y mal visto, pero en general no tiene muy buena prensa.

Los recortes no sólo matan

La degradación de la condición del Profesor Universitario y la triste situación de la Ciencia en España

Ana Martínez Rus

Profesora Titular de Historia Contemporánea en la UCM

El oficio de profesor y de profesora, tan necesario para una sociedad, está bien y mal visto, pero en general no tiene muy buena prensa. Como historiadora de la España del siglo XX que soy, especializada en historia cultural, conozco perfectamente las reticencias, los recelos y las oposiciones que los maestros y profesores han generado en amplios colectivos desde tiempos remotos. Eran los envenenadores del alma de los jóvenes para muchos desde el siglo XIX, cuando el liberalismo despuntaba con timidez y dificultades en una España atrasada, feudal y clerical. Además, sé bien que los prejuicios sociales son difíciles de desterrar. Por otro lado, aquellos que no nos desprecian por enseñar cuestiones científicas, consideran que somos una especie de privilegiados que tenemos muchas vacaciones. Y entre el profesorado, los universitarios somos los peores, porque damos menos clases presenciales que nuestros colegas de primaria y secundaria y, encima, nuestro alumnado es mayor de edad, y ya sabe comportarse más o menos en el aula, y no se levanta, grita o juega (o se supone). Pero esto de las vacaciones es un mito, ya que nuestras condiciones laborales no han hecho nada más que empeorar. Por otro lado, desde la implantación del plan Bolonia nos han reducido el descanso estival a un mes, que a veces sacrificamos en parte o en su totalidad para poder investigar, en mi caso sumergirme en archivos y bibliotecas, o bien escribir algún trabajo académico.

Pero, aparte del desprecio, e incluso desprestigio social, hay que sumar la incomprensión de la mayoría de los políticos e incluso de autoridades académicas, que son compañeros de fatigas. Azaña decía que la mejor manera de guardar un secreto en España era escribirlo en un libro, y no le faltaba razón, todavía incluso hoy. Los historiadores investigamos y escribimos nuestras tesis, conclusiones, análisis, estudios..., pero los mitos históricos siguen vigentes en la sociedad, en los medios y entre los dirigentes políticos desde Atapuerca hasta la actualidad. Da igual que se investigue sobre la monarquía hispánica o sobre el liberalismo español, y ya si tienes la desgracia de trabajar acerca el siglo XX, como es mi caso, especialmente sobre la República, la guerra civil, y la dictadura franquista, ya te puedes dar por amortizada. Tienes menos futuro que Simón predicando en el desierto.

Otra expresión muy extendida y arraigada en este país desde los tiempos del gran Santiago Ramón y Cajal es que investigar en este país es llorar. Aunque algo hemos mejorado desde los tiempos que vivió nuestro primer Premio Nobel en Medicina, investigar en España es penar. Muchos abandonan en pleno proceso, y otros se marchan al extranjero, porque es una carrera de fondo, muy de fondo, lleno de obstáculos burocráticos, económicos, y académicos. Demasiado desgaste psicológico y emocional. Te tiene que gustar demasiado la investigación, casi ser una pasión y una obsesión. Y los que sobrevivimos a este proceso de selección natural en demasiadas ocasiones nos preguntamos: "qué hago yo aquí un mes de julio en el Archivo General de la Administración, por ejemplo, en vez de estar leyendo una novela tirada en una hamaca. Total, estoy sacrificando mi tiempo de ocio, tiempo de estar con la familia y/o con amigos y ¿para qué? Investigar en España

cuesta mucho esfuerzo y tesón incluso para alguien establecido académicamente como en mi caso, que soy profesora titular desde hace más de diez años.

Los jóvenes investigadores comienzan con mucha ilusión y ganas, pero la realidad y las bofetadas académicas, aparte de miserias universitarias, van haciendo ver al investigador en formación, que en cualquier otro oficio estaría mejor, más tranquilo, e incluso más reconocido. No sólo tienes que ser muy competitivo, con buenas calificaciones, y brillante para entrar en el reparto de la miseria en becas y proyectos de investigación, además tienes que asumir la precariedad como forma de vida. Además, tienes que salir al extranjero, dedicar horas de trabajo, de ocio y de descanso a investigar, poner dinero en la compra de material y publicaciones, y estar evaluándote continuamente, es lo que yo digo coloquialmente pidiendo perdón por existir cada x tiempo. Bien sea para conseguir más becas posdoctorales, ser elegido en los programas de Juan de La Cierva, y/o Ramón y Cajal en sus diferentes modalidades, contratos precarios de profesor contratado, llegando a la perversión de la figura de los profesores asociados, que ganan menos que en cualquier trabajo no cualificado, apenas unos 600 euros. No voy a poner ningún ejemplo para que ningún sector se sienta ofendido, y porque no hay oficio menor como ha demostrado claramente la pandemia. Sin el trabajo arriesgado de camioneros, cajeros de supermercado, agentes de seguridad y otras ocupaciones la mayoría de la población no hubiéramos podido ni comer durante el confinamiento.

O bien los que ya estamos situados en la universidad española o en centros de investigación del CSIC nos valoran con la evaluación de sexenios de investigación, quinquenios de docencia, proyectos de investigación, programas de movilidad del profesorado, etc. Y les voy a contar otra cosa, ni siquiera los que estamos asentados y somos funcionarios estamos bien pagados, si se comparan con los países del entorno. Eso tampoco les sorprenderán porque, ya hemos visto con motivo de la pandemia de la Covid-19, muchos profesionales de la salud, médicos de todas las especialidades y enfermeros bien formados en España se marchan a países europeos en busca de mejores condiciones laborales y salariales que las de aquí. Hasta nuestro vecino Portugal, al que no se le tiene en cuenta en demasiadas ocasiones, paga mucho mejor a sus médicos que aquí. Y luego nos echamos las manos a la cabeza porque nos enteramos de que no hay suficientes sanitarios para atender la sanidad pública.

Aparte de los pocos e insuficientes recursos que el Estado español dedica a la ciencia, una democracia que se precie de serlo no puede tener abandonada a los científicos al voluntarismo y a la precariedad. Mi experiencia se resume en aquello tan gráfico que llevan años denunciando los científicos de laboratorio porque tardan mucho, mucho más tiempo en comprar la probeta que en investigar con ella. Y como en el estado autonómico las Comunidades Autónomas también son Estado, me centro en la que vivo, investigo y doy clase. Una Comunidad que presume de ser la más rica del país, como la de Madrid, que atrae a todas las fortunas del país y de parte del extranjero, debería estar más preocupada en desarrollar la ciencia que en fomentar la hostelería, y organizar corridas de toros. Y desde aquí todo mi respeto a bares y restaurantes, lugares que me encantan y asisto con asiduidad. Anda que no se me han ocurrido a mí ideas brillantes hablando con amigos en la mesa de un bar entre cañas. Y no se me pongan exquisitos, mi ironía tiene mucho sentido porque no puede ser que a Madrid vengan más futbolistas de fama mundial que científicos. Claro, que aquí entramos en terreno sensible porque la ciencia y lo público no han sido ni son una prioridad de las políticas del PP en la CAM en los más de 30 años que lleva gobernando la región.

Asimismo, la degradación de las condiciones laborales de los profesores universitarios es muy llamativa desde hace años, que venimos asumiendo tareas que se extralimitan con mucho de nuestras funciones investigadoras y docentes. Los recortes auspiciados por políticas neoliberales salvajes no sólo matan. La falta de medios y personal es angus-

tiosa y la descapitalización de todo lo público y, en especial en la Comunidad de Madrid, alarmante. Yo coloquialmente digo que sólo me falta limpiar los baños y pasar la mopa, y eso que a mí no se me caen los anillos ni soy una estirada, como saben todos los que me conocen, pero eso está fuera de mis obligaciones, y más que nada porque si me dedico a esas funciones propias del personal de administración y servicios (PAS) estoy abandonando mi verdadero cometido.

A continuación, voy a comentar con veracidad y dosis de humor e ironía mis últimas peripecias académicas para dar a conocer a las autoridades pertinentes en materia universitaria, de las que dependo, y a la sociedad española nuestra situación profesional. El objetivo, más allá del desahogo, pretende desterrar mitos sobre la condición de los profesores e investigadores universitarios. Y, por último, sería de desear que los responsables y políticos tomaran cartas en el asunto, más allá de pasar la mano por la espalda y la resignación cristiana. Algunos compañeros, incluidos cargos académicos, cuando les contaba estas circunstancias me decían: efectivamente esto es así, no está ni agradecido ni pagado. Pero esta filosofía de vida no va conmigo.

En este primer trimestre del curso académico 2020-2021, he sido secretaria académica de tres Tribunales de Tesis Doctorales, dos semipresenciales y una presencial, en el Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. Hasta aquí todo lógico y normal, ya forma parte de las actividades de un docente e investigador universitario. A partir de aquí viene mi calvario burocrático, que en demasiadas ocasiones ha tenido tintes entre kafkianos y berlanguianos. Cuando yo inicio los trámites ya imaginaba que se habrían complicado con motivo de la pandemia, como todo en nuestras vidas, y hasta cierto punto lo consideraba lógico. Pero mi pesadilla en la madeja de la burocracia complutense iba más allá de la situación generada por el Covid-19.

Durante casi dos meses todo mi tiempo y energías se han dedicado a gestionar la defensa de las Tesis, sobre todo de dos, dar clases de Master y participar en una comisión de una plaza de ayudante doctor. Por tanto, no he investigado, no he avanzado en las publicaciones que tengo entre manos, tampoco he preparado clases, ni he mejorado el campus virtual para mis clases de Grado del segundo cuatrimestre, que se supone serán mayoritariamente online.

La defensa de una Tesis Doctoral es uno de los actos académicos más bellos y que todavía más me siguen gustando, pero ahí amigo y amiga si eres secretari@ académico tendrás hasta pesadillas por las noches, sentirás rabia e impotencia durante el proceso burocrático, porque a pesar de tu interés, entusiasmo y dedicación no depende de ti. Yo me pasado el día pegada al móvil y al ordenador, como si tuviera acciones en Bolsa ya que he tenido que escribir y leer cientos de correos, llamadas y conversaciones de WhatsApp. Yo me he encargado de gestionar la autorización oficial para la defensa, reservar la sala, tratar con los vocales y presidentes para fijar fecha, solicitar preferencias de viaje y noches de hotel con los vocales, rellenar impresos para Asuntos Económicos, relacionarme con la agencia de viajes, ocuparme de las dietas porque los servicios económicos no suelen abrir por las tardes y, menos en pandemia, y las defensas de dos de las Tesis han sido de tarde.

Además, he tenido que relacionarme con la secretaría de Tercer Ciclo y Doctorado, con la vicedecana de Investigación. También he hecho pruebas de conexión y sonido previas con los vocales que se conectaban telemáticamente, realizar las actas de la defensa y hasta ocuparme de la jarra del agua y crear la sesión en Google Meet. Como ustedes comprenderán esas funciones no las debería hacer ningún secretario docente de ningún tribunal de Tesis. Pero ya que me veo envuelta en la maraña burocrática y asumo que lo hago bien y eficazmente o estos chicos no defienden la Tesis en la vida, me encuentro descoordinada-

ción, malas caras, bordes, y poca colaboración. Yo soy muy profesional, como la orquesta del Titanic, y tengo mucho entusiasmo y compromiso con mi oficio y con la universidad pública, pero esto es intolerable. Aparte de las rigideces burocráticas, no siempre me han tratado bien, siempre exigiendo y de malos modales, a veces tenía la sensación de que me regañaban como a una niña pequeña. Y claro eso, no lo consentía porque como le he dicho a más de un miembro del PAS, yo no soy secretaria ni personal de administración y servicios, soy docente e investigadora.

Y para esto hemos quedado, señores y señoras. No hace falta señalar que yo por todo esto no he recibido ni un euro más del que me corresponde en mi salario mensual ni tampoco las autoridades académicas, que saben de estas situaciones y las consenten, me han descargado de un solo crédito de docencia. Más que nada porque como no tengo el don de la ubicuidad, he desatendido las verdaderas ocupaciones de la profesora e investigadora que soy. Me pueden decir, señores ministros, consejeros y rectores: ¿de qué parte de mi trabajo habitual como docente e investigadora me liberan por realizar estas tareas burocráticas?

Si el amable lector ha llegado al final de este texto, pensará que hay problemas más graves en el mundo que lo que yo he contado, seguramente lleva razón, pero lo grave no es mi odisea personal, es que así no se puede hacer ciencia en España ni en ningún país del mundo. Así de sencillo y de duro.

SalvaLoPúblico, Madrid, 3 enero 2021